

## La ciencia en los países pobres

En el Semanario UNIVERSIDAD del pasado 6 de octubre, el señor Jorge Granados publicó un resumen del artículo «Ciencia perdida en el tercer mundo» que apareció en el fascículo de agosto de la revista estadounidense «Scientific American». El artículo básicamente denuncia la discriminación que sufrimos los investigadores que tenemos la mala suerte de llamarnos Juan Pérez en lugar de John Smith y de tener direcciones como Cochabamba o Lagos en lugar de Oxford o Stanford. Cuando vi el título del artículo original, que me llegó por cortesía del filósofo Guillermo Coronado, no me dio buenas impresiones: en esta era post-sovietica no sé cuánto sentido tenga seguir hablando de un «Tercer Mundo». El nombre tiene un aura tan denigrante ¡que no entiendo cómo a alguien se le pudo ocurrir crear una «Academia de Ciencias del Tercer Mundo»! Sin embargo, leyendo el artículo vi que el autor, W. Gibbs, mostraba una visión respetuosa del esfuerzo que hacemos de este lado del mundo. Hacer investigación científica en los países pobres enfrenta variedad de problemas. La gran sorpresa en esto es que al consultarse a los investigadores activos, no mencionan la falta de dinero, las bibliotecas pobríssimas y los laboratorios de garaje como sus principales problemas. La verdad es que, al menos en América Latina, hay recursos más que suficientes, aunque curiosamente suelen seguir esta regla: la riqueza de los laboratorios es inversamente proporcional a la calidad del trabajo científico realizado por ellos. El problema que los investigadores de estas tierras mencionan infaliblemente es la ineptitud burocrática. Un colega lo resumió así: el «tercermundismo es un problema mental». Pero supongamos que, a pesar de los burócratas y otras barreras, alguien logra hacer algo de valor. El paso siguiente, imprescindible para que se haga un aporte a la ciencia, es que el estudio pase a otras mentes. Puede enviarlo a una revista estadounidense o europea, para asegurarse que en su propio país alguien le dé algún valor a lo que hace, pues ya sabemos que nadie es profeta en su tierra y que el malinchismo sigue siendo un problema central de nuestra cultura. Entonces se estrellará contra la realidad: por el solo hecho de venir de un país «atrasado», el artículo tiene una alta probabilidad de ser rechazado sin mayor consideración. Pero supongamos que tenga suerte y le acepten el manuscrito: ¿podrá pagar \$100 por página, suponiendo que trata con una revista barata? ¿Cuánto contribuirá su trabajo al desarrollo de su propio país, donde casi con seguridad no llega esa revista porque la suscripción es muy cara?

Pero la otra opción, publicar en una revista de país pobre hará que su trabajo sea poco conocido en el nivel mundial, o como dicen ahora, «que sea invisible» por no aparecer en alguna de las revistas del exclusivo «club» del «Current Contents». ¿Pero es esa dualidad necesaria? De nuevo, hay una respuesta que sorprenderá a muchos. No sé la situación en África, pero en América Latina hay 47 revistas que están en el club, casi todas de Brasil, México, Chile y Argentina. Con pena debo mencionar que a pesar de la respetable suma que se gasta en imprimir revistas académicas en la América Central, solo hay una de la región que forma parte del llamado «main stream» de la ciencia mundial. Se trata de una revista costarricense que se publica contra viento y marea desde hace más de 40 años: la «Revista de Biología Tropical». La revista, desarrollada en sus primeros años por personas de tanto prestigio como Rodrigo Zeledón, Rafael Lucas Rodríguez, Manuel Chavarria y Ettore de Girolame, provee a los investigadores de América Latina y África la ansiada visibilidad científica que pregonan los analistas contemporáneos.